

gelio á los gentiles suscitó una nueva lucha entre el espíritu cristiano y el genio de la antigüedad. La oposicion era tan profunda, que los Padres de la Iglesia desesperaron de la victoria; creian que sería necesaria una intervencion directa de Dios para vencer la resistencia que el paganismo oponia al Evangelio; no esperaban la conversion del mundo sino de la segunda venida de Cristo (1). El paganismo sucumbió, pero la unidad cristiana no dejó de ser una utopia. A consecuencia del establecimiento del cristianismo hubo una nueva division de los hombres en cristianos y no cristianos, en ortodoxos y herejes; era casi el antiguo dualismo. En fin, el Oriente se separó del Occidente, y á pesar de heróicos esfuerzos, el cristianismo no ha llegado á conquistarlo.

¿Es esto decir que la unidad, objeto del cristianismo, sea una quimera? Los cristianos buscan la unidad en nombre de un principio falso; la verdad revelada que enseñan al mundo es el gérmen de una division irremediable entre los que creen en la revelacion y los que no la aceptan. La hostilidad no podria desaparecer sino por la reunion de todo el género humano en la fe cristiana. Pero la unidad religiosa, tal como la Iglesia la concibe, es imposible. Hay en la creacion un elemento de unidad y otro elemento de diversidad. Los antiguos no conocian sino la diversidad; la divinizaban en los dioses innumerables de que poblaban el universo. Queriendo el cristianismo reducir esta discordancia á la armonía, se fijó exclusivamente en la unidad. Si la antigüedad desconocia un elemento esencial de la naturaleza humana, el cristianismo, por su parte, hacia violencia á la humanidad, procurando reducir todas las diversidades á la unidad absoluta. La Iglesia intentaba una obra imposible, en la que tenía que fracasar.

Es imposible que los hombres, criaturas imperfectas, posean nunca la verdad absoluta; es necesario, pues, que renuncien á la unidad absoluta. La verdad es una luz, de la que los hombres no reciben más que un rayo; es conveniente que ilumine á los indi-

(1) JUSTIN. (*Dialog. c. Tryphone*) dice de los jefes de la sociedad pagana: *οὐ πάντων θανατούντες καὶ διώκοντες τοῦς τὸ ὄνομα τοῦ Χριστοῦ ὁμολογούντας, ἕως πάλιν παρῆ καὶ καταλύσῃ πάντα.*—Una gran parte de la tierra, dice ORÍGENES, no se someterá á Jesucristo sino despues de su segunda venida (*Homil. XVI, 3, in libr. Jesu Nave, C. Comment. in Matth. (t. III, p. 857, F); c. Cels. VIII, 72.*

viduos y á las naciones de diversa manera, porque, si una misma fe fuera aceptada por todo el género humano, se hallaria por esto mismo dominado por el error propio de aquella. Cuanto más campo haya para las diferentes concepciones, más probabilidad existe de que la verdad se manifieste bajo todas sus fases. Es decir, que la unidad absoluta es un falso ideal. Es necesario dejar á los individuos y á las naciones entera libertad para buscar la verdad á su modo. La filosofía rechaza la revelacion milagrosa porque es incompatible con esta libertad de pensar. Si la unidad puede realizarse en ciertos límites, es por los esfuerzos libres del espíritu humano. En este sentido puede decirse que la unidad es nuestro ideal.

§ III.—Lucha del cristianismo contra el judaismo (1).

N.º 1.—Los apóstoles imbuidos en la idea del mesianismo judío.

Los apóstoles participaban de las creencias populares sobre la venida del Mesías y sobre su vocacion; esta creencia fué la que los unió á Jesucristo. Veian en él el enviado de Dios, prometido por los profetas, que debia restablecer el reino de Israel y someter en seguida el mundo á las leyes del pueblo elegido. Esperaban en su fe sencilla, que, habiendo abandonado todo por el Mesías, les daria el primer lugar en su reino. *Mateo* hace decir á Jesus: «Porque me habeis seguido, cuando al tiempo de la regeneracion el Hijo del Hombre se sienta sobre el trono de su gloria, vosotros tambien os sentaréis sobre doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel» (2). Se vió á sus discípulos disputarse el primer lugar en su futura grandeza. La madre de *San Juan* dijo á Jesus: «Haced que mis dos hijos, que están aquí, se sienten el uno á vuestra derecha y el otro á vuestra izquierda en vuestro reino.» Los demas discípulos se indignaron de las preteusiones de los dos

(1) Véase el excelente *Estudio* que hemos citado, p. 241, nota 1.

(2) MATEO, XIX, 27, 28.—MARCOS, X, 28.—LUCAS, XVIII, 28.

hermanos, pero no comprendieron á Jesus cuando dijo: «*El que quisiera ser el primero entre vosotros, sea vuestro servidor.*» La víspera de la muerte de su maestro discutían aún entre sí quién debía ser considerado como superior (1). La muerte de Cristo desconcertó sobremanera á los apóstoles: «*Esperábamos, dicen en el Evangelio de Lucas, que sería él el que libertase á Israel, y sin embargo, hoy hace tres días que ha muerto.*» Cuando Cristo resucitó, los discípulos no le dirigieron más que esta sola petición: «*Señor, ¿será ahora cuando tú restablecerás el reino de Israel?*» (2).

Imbuidos en la concepción judaica del mesianismo, los apóstoles no podían creer que Jesucristo venía á reemplazar la ley de Moisés con una nueva religión. Su convicción era que el Mesías restablecería la ley en toda su pureza, que nada se cambiaría en el culto de Jehová, sino que, por el poder del Hijo del Hombre, se extendería con el imperio de Israel sobre el mundo entero. Permanecieron estrictamente observadores de las ceremonias y de las prácticas del mosaismo. Piadosos según la ley, se honraban con el título de judíos, y lo negaban á los que no imitaban la rigidez de su vida legal: «*Están constantemente en el templo, alabando y bendiciendo á Dios*»: allí predicaban al pueblo «*que Dios ha elevado á Jesus de Nazaret por su poder como príncipe y salvador, para procurar la enmienda de Israel y la remisión de sus pecados.*» Por esto sus adversarios los trataban, no como apóstatas, sino como herejes. Y en realidad no se distinguían de los demás judíos sino por su creencia de que el Mesías había aparecido en la persona de Jesucristo, y de que pronto volvería á fundar su reino (3). Con el mismo espíritu concibieron la misión que su maestro les dió de ir á predicar á las naciones. La buena nueva que anunciaban á los hombres era que el Mesías había venido á la tierra, que su vuelta estaba próxima, que era necesario apresurarse á convertirse para tener un lugar en su reino. ¿En qué consistía esta conversión? Los judíos solos, como pueblo elegido, eran llamados al rei-

(1) MATEO, XX, 20, 21, 24, 26.—MARCOS, X, 37.—LUCAS, XXII, 24.

(2) LUCAS, XXIV, 21.—*Hechos de los Apóstoles*, I, 6.

(3) PLANK, *Geschichte der christenthums in der Periode seiner Einführung*, t. I, p. 277.—NEANDER, *Geschichte der Pflanzung des Christenthums durch die Apostel*, t. I, p. 43.—REUSS, *Historia de la Teología cristiana*, t. I, p. 283 y sig.

no del Mesías; para tener parte en las promesas mesiánicas no había sino un medio: abrazar el mosaismo. El bautismo era la señal distintiva de los que creían en Jesucristo; por lo demás, nada se había cambiado en el culto de Moisés (1).

Si esta concepción estrecha de los apóstoles no se hubiera modificado, el cristianismo jamás hubiera tenido el poder de convertir y de renovar el mundo. El proselitismo de los apóstoles hubiera fracasado como el de los doctores de la ley, porque el espíritu estrecho del judaísmo y el genio de una religión universal eran dos cosas incompatibles. ¿Cómo llegaron los discípulos de Jesucristo á desligarse de los vínculos de la ley antigua? Un nuevo elemento vino á modificar, á ensanchar sus sentimientos, y Dios suscitó un nuevo apóstol para fundar el verdadero cristianismo.

N.º 2. — *El elemento helénico.* — *San Estéban.*

Jesucristo debió proceder del pueblo judío, porque sólo los Hebreos, entre todas las naciones, tenían una profunda fe en un Dios único. Era un germen de universalidad. Pero el mosaismo se desarrolló bajo influencias históricas que hicieron de él una religión exclusiva, casi vengativa. Nada había en el judaísmo propio para atraer, parecía organizado más bien para repeler; lejos de apropiarse los elementos extraños, rechazaba obstinadamente todo lo que no era judío. Un sistema tan rígido, tan inflexible, no podía aliarse con una religión que se dirigía al mundo entero. Había otra raza dotada de las cualidades que faltaban á la nación judía. La civilización helénica poseía la fuerza de asimilación que conquista y transforma. Flexible y fácil, el espíritu griego admitía todas las ideas grandes y bellas. Carecía de la profundidad religiosa; pero, si llegaba á unirse con un pueblo teocrático, esta feliz alianza podía producir precisamente este carácter severo á la vez que expansivo, que era necesario para hacer del cristianismo una religión universal. Las conquistas de Alejandro, mezclando las naciones y trasladando los hijos de Israel al centro de

(1) *Hechos de los Apóstoles*, II, 38.—PLANK, t. II, p. 32, 71 y sig.

la civilización helénica, prepararon la fusión de los dogmas y de los sentimientos. Los judíos helénicos perdieron la rigidez de los judíos de la Palestina; de su seno salió el primer discípulo de Cristo en quien se notan las tendencias amplias y universales que separan al cristianismo de la ley antigua.

San Estéban era judío, pero de linaje griego. Comprendió mejor que los apóstoles que la predicación del Evangelio inauguraba una nueva era. Las violentas censuras que le dirigieron los judíos muestran que el mosaísmo había dejado de ser para él la ley religiosa: «Se le había oído proferir palabras blasfematorias contra Moisés y contra Dios; se le había oído decir que Jesús de Nazareth destruiría el Templo y cambiaría los preceptos de la ley» (1). Lo que los judíos maldecían como una blasfemia era el verdadero cristianismo que se emancipaba de las trabas de un dogma legal para lanzarse libre á la conquista del mundo. Llevado delante del Consejo de los doctores de la Ley, el nuevo cristiano proclamó muy alto que el tiempo del judaísmo había pasado: «Salomón construyó un templo al Dios de Jacob, pero el Altísimo no habita en templos hechos por la mano de los hombres. Como dijo el profeta: *El cielo es mi trono, y la tierra es mi escabel.*— ¿Qué casa me construiréis? dijo el Señor. ¿No ha hecho mi mano todas las cosas?» San Estéban caracteriza admirablemente la raza judía; había sido el instrumento de Dios, pero su misión estaba cumplida: «Duros de cerviz é incircuncisos de corazón y de oídos, os oponéis siempre al Espíritu Santo» (2). Hombres tan exclusivos, tan rencorosos, hubieran predicado en vano la venida del Mesías. Estéban es el representante de una tendencia más humana. La palabra evangélica, pura de todo formalismo, halló acceso entre los Griegos del Asia; los judíos helénicos fueron los primeros que difundieron allí la buena nueva, y, cosa notable, los Griegos convertidos fueron los primeros que tomaron el nombre de cristianos (3).

El elemento helénico, aliándose con el cristianismo judío de los

(1) *Hechos de los Apóstoles*, VI, 11-14.

(2) *Idem*, VII, 48-52.

(3) *Idem*, XI, 26.

apóstoles, va á trasformar una secta judía en una religión universal. Se celebra á los apóstoles como los fundadores del cristianismo; sería más verdadero el decir que la religión nueva se estableció á pesar de ellos, gracias á un elemento extraño: el helenismo. Nada más característico que las relaciones entre la doctrina de *San Estéban* y la de los discípulos directos de Jesucristo. ¿Por qué la predicación del judío helénico suscitó el odio ardiente que acabó en su martirio, mientras que los apóstoles eran escuchados, si no con aceptación, al menos sin animosidad? Los *Hechos* nos dan la razón de ello con gran ingenuidad: es que jamás los Doce habían enseñado, como Estéban, que las instituciones mosaicas eran incompatibles con las ideas espirituales del Evangelio. Si tuviéramos su historia íntima, ella nos diría que, lejos de venerar á aquel primer mártir de la fe cristiana, le rechazaron como un innovador, un trasgresor de la Ley, con el cual no querían tener nada de común. No es esta una suposición injuriosa ni arbitraria. Los *Hechos* nos enseñan que no fueron los cristianos de Jerusalén, sino prosélitos extranjeros, los que tributaron los últimos honores á Estéban (1). Aquellos pretendidos cristianos de Jerusalén, incluso los apóstoles, no eran aún más que judíos. La persecución de San Estéban fué la primera manifestación de una religión nueva. Pero los apóstoles no lo comprendieron aún. Fué necesario que Dios llamase á un nuevo discípulo; *San Pablo* fué el que fundó el cristianismo. La gloria del apóstol de los gentiles no debe hacernos olvidar el mérito más humilde del primer mártir de la fe cristiana: *Estéban* es el precursor de Pablo. Sabido es que el ardiente fariseo comenzó por ser el enemigo encarnizado de los cristianos. Consintió en el suplicio de Estéban y asistió á él. El mártir oró por sus perseguidores: «Aquella oración, dice San Agustín, fué oída por Dios; si Estéban no hubiera orado, la Iglesia no hubiera poseído á San Pablo» (2).

(1) *Hechos*, VIII, 2: X, 2.

(2) AUGUSTIN., *Serm.*, 168, § 6; 316, § 4.

N.º 3. *San Pablo. — La vocacion de los gentiles.*

Crisóstomo representa al apóstol de los gentiles como el tipo de la creacion: « Reunía en sí todo lo que hay de bueno y de grande entre los hombres y entre los ángeles: poseía él solo las virtudes de todos los demas; practicólas todas juntas más perfectamente que ninguno de ellos practicára la que le era particular. Nada hay en la creacion que pueda compararse con San Pablo; poned el mundo entero en una balanza con el apóstol, y el apóstol vencerá. Es el heraldo del mundo, la lengua del universo, el fundamento de la Iglesia » (1). *Crisóstomo* exalta, sobre todo, la caridad de *San Pablo*; ella le asegura un lugar al lado de Cristo: « Ardía en amor de Dios; inflamado por la caridad, llegó á ser todo caridad. Ningun hombre ha tenido para Jesus un amor comparable á la afeccion de esta santa alma. Y para él, amar á Dios y á Jesucristo era amar á los hombres á fin de convertirlos á Cristo. Merece ser llamado el Padre comun de la Tierra. Su corazon abraza el universo. Escuchad, exclama el orador griego, con qué dulzura habla de los que le habian azotado cinco veces, que le habian apedreado, encadenado, que tenian sed de su sangre, que anhelaban desgarrarle: *Les hago la justicia de que tienen celo por Dios, pero este celo carece de conocimiento. Llega hasta á desear ser anatematizado por sus hermanos. Es el ideal de la caridad humana* » (2).

San Pablo merece aún mayores elogios que los que le prodiga *Crisóstomo*; ha fundado realmente el cristianismo histórico. Es como una segunda revelacion que viene á completar la de Cristo, y es tan difícil explicar la una como la otra. Conocemos mejor las circunstancias que influyeron sobre el desarrollo de San Pablo.

(1) CHRYSOST., *Homil. I et II de laudib. Sancti Pauli* (Op., t. II, p. 477 y sig., 485, C. D.); *Exposit. in Psalm. 90* (t. V, p. 270, B.); *Homil. III in cap. I Genes.* (t. IV, p. 20, B.); *Contra Anomæos*, c. VIII (t. I, p. 517, D.).

(2) *IBID.*, *Homil. 55 in cap. 29 Genes.* (t. IV, p. 534, A.); *Homil. III de laudib. S. Pauli* (t. II, p. 490, A.); *De Sacerdot.* III (t. I, p. 385, B.); *de Anathem.*, § 4 (t. I, p. 694, B.); *Homil. III de laudibus S. Pauli* (t. II, p. 490, A.); *Homil. 32 in ep. ad Rom.* (t. IX, p. 758, C.).

Nacido en el Asia, el helenismo pudo depositar en su alma gérmenes de sentimientos más universales que los de la secta farisea, á la que pertenecía. Sin embargo, el elemento judío domina en su educacion: como fundador de una nueva religion, debia, como Jesucristo, pertenecer más bien á la Judea que á la Grecia. ¿ Pero cómo siendo violento perseguidor de los cristianos ha llegado á ser el más grande apóstol del cristianismo? ¿ Cómo el Mesías se ha transformado en él en un sér divino? ¿ Cómo el cristianismo semi-judío de los discípulos de Jesus se ha cambiado en religion universal? No tenemos respuesta para estas preguntas. En las relaciones de los *Hechos* todo es milagro: la conversion de San Pablo es milagrosa; su Evangelio y su mision los recibe directamente de Jesucristo. No creemos ya en milagros exteriores; pero las revelaciones interiores siguen siendo el secreto de Dios.

Más adelante juzgarémos la teología de San Pablo: aquí consideramos al apóstol de los gentiles en su lucha con los sentimientos exclusivos de los primeros discípulos de Cristo. Antes de él el cristianismo no era sino una secta judía; por él llegó á ser una religion universal (1). Su mision como apóstol de los gentiles se enlaza íntimamente á su concepcion teológica: « Hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, hombre que se ha sacrificado á sí mismo por redimir á todos. Por esto se me ha establecido como predicador, doctor y apóstol de los gentiles en la fe y la verdad » (2). ¿ Quién le ha revelado este misterio? ¿ Quién le ha dado la mision de predicarlo? No recibe esta verdad de los discípulos de Jesus: « Os declaro, dice San Pablo á los Galatas, que el Evangelio que yo he anunciado no procede del hombre. No lo he recibido ni aprendido de hombre alguno; lo he recibido por la revelacion de Jesucristo. »

Nada ménos que una mision divina era necesaria para legitimar el nuevo cristianismo de San Pablo. Los demas apóstoles eran completamente judíos. Nada muestra mejor sus sentimientos respecto de la gentilidad que la conversion milagrosa del primer pa-

(1) PLANK, *Geschichte des Christenthums in der Periode seiner Einführung*, t. II, p. 100, 101, 149, 150.

(2) PABLO, I *Timoico*, II, 5-7, *Ephes.*, III, 3, 4, 9.

gano, el centurion Cornelio. Era uno de aquellos hombres que, en la decadencia del politeismo, experimentaban la necesidad de una fe nueva: «Era religioso y temia á Dios; él y toda su familia hacian muchas limosnas y rogaban á Dios continuamente.» En una vision le dijo un ángel: «Tus oraciones y tus limosnas han llegado hasta Dios: haz que venga *Pedro*, él te dirá lo que debes hacer.» El apóstol tuvo, por su parte, un éxtasis que le preparó á la conversion de un gentil. Vió el cielo abierto y una nave que descendia hácia él como una sábana; habia en él de toda clase de animales terrestres, de fieras, de reptiles y de aves del cielo. Una voz le dijo: «*Pedro*, levántate, mata y come.» *Pedro* respondió: «No, Señor, yo nunca he comido nada impuro y manchado.» La voz hizo entonces oír estas palabras: «No mires como manchado lo que Dios ha purificado.» *San Pedro* comprendió el sentido de su vision cuando recibió el mensaje de Cornelio. Entró en su casa y dijo: «Sabeis que no es permitido á un judío tener relacion alguna con un extranjero ni ir á su casa; pero Dios me ha hecho ver que yo no debo llamar á ningun hombre manchado ó impuro.» El Centurion le refirió las palabras del ángel. «En verdad, exclamó *San Pedro*, yo reconozco que Dios no mira á la apariencia de las personas, sino que en toda nacion, el que le teme y se entrega á la justicia le es agradable.» El apóstol predicó el misterio de Cristo; los gentiles glorificaron á Dios, con gran asombro de los fieles circuncisos que habian venido con *Pedro*. Entonces *Pedro* tomó la palabra: «¿Podrá impedir alguno que se bautice á los que han recibido al Espíritu Santo tan bien como nosotros?» Y bautizó en nombre del Señor. Cuando los apóstoles y los fieles de Jerusalem vieron que los gentiles habian recibido la palabra de Dios, se produjo un gran rumor. Los cristianos circuncisos acusaron á *Pedro* de haber penetrado entre los no circuncisos y de haber comido con ellos. *Pedro* se justificó refiriendo sus visiones: ¿podia oponerse á la voluntad divina? «Entonces, despues de haber oido aquellas cosas, se apaiguaron y glorificaron á Dios, diciendo: Dios ha dado tambien á los gentiles el arrepentimiento, á fin de que alcancen la vida» (1).

(1) *Hechos de los Apóstoles*, c. x y xi.

Fué, pues, necesaria una intervencion de Dios para legitimar el bautismo de aquel que la Iglesia celebra como «las primicias de la gentilidad!» (1). La narracion de los *Hechos* revela los sentimientos de los apóstoles y de los primeros discípulos de Jesucristo. Permanecian judíos y se creian manchados por el contacto de un extranjero, de un impuro. No se cuidaban de llevar la *buena nueva* á los gentiles; éstos debian hacerse circuncidar para tener parte en el reino de Dios. La conversion de Cornelio no cambió este orden de ideas: solamente hizo que los fieles de Jerusalem creyeran que el bautismo podria preceder á la circuncision, pero sin la circuncision no concebían que se pudiese ser discípulo de Cristo (2). Cuando se pasa del círculo estrecho de los apóstoles á *San Pablo*, se entra en un nuevo mundo. No conoce ni Judíos ni Griegos; las diferencias de nacionalidad desaparecen en una unidad superior: la unidad cristiana: «Ya no hay Griegos, ni Judíos, ni circuncisos, ni no circuncisos, ni Bárbaros, ni Escitas, ni esclavos, ni libres, sino que Cristo es todo en todos.» *San Pablo* dice á los gentiles: «Estabais en otro tiempo sin Cristo, separados de la República de Israel, extraños á las alianzas y promesas, no teniendo esperanza y viviendo sin Dios en el mundo. Viviendo ahora en Jesucristo, vosotros, que en otro tiempo estabais alejados, os habeis aproximado por la sangre de Cristo. Porque él es el que ha hecho de los dos pueblos uno, derribando el muro que los separaba. Él ha destruido la causa de su enemistad, que era la ley de los preceptos, que consistia en las ordenanzas. De los dos pueblos ha hecho en sí mismo un solo hombre nuevo; ha reconciliado á los unos y á los otros con Dios, por medio de su cruz, para no formar sino un solo cuerpo» (3).

La predicacion de *San Pablo*, inspirada en estos amplios sentimientos, traspasó los tímidos esfuerzos intentados por los primeros discípulos de Jesucristo. Pero llamando á los gentiles al reino de Dios, sin circuncidarlos, heria el orgullo nacional de los Judíos; á medida que los unos se aproximaban al cristianismo, los otros

(1) ORIGEN, *in Numer. Homil.*, xi, 3.

(2) PLANK, *Geschichte des Christenthums in der Periode seiner Einführung*, t. II, p. 176.—GIESELER, *Lehrbuch der Kirchengeschichte*, t. I, p. 185, 186.

(3) PABLO, *Coloss.*, III, 11; *Galat.*, III, 28; *Ephesiens.*, II, 11-16.

se alejaban de él. Precisamente la vocacion de los no circuncisos, tal como la predicaba el gran apóstol, era la que alejaba á los Judíos. Hubieran aceptado el cristianismo mosaico de *San Pedro*, pero se llenaron de rabia al oír á *San Pablo* hablar de la conversion de los paganos, de la igualdad de los puros y de los impuros (1). Los gentiles, al contrario, «se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor» (2). No sin razon conmovieron las doctrinas de *San Pablo* á los cristianos circuncisos de Jerusalem, porque representaban una verdadera revolucion. Nada comprendian de este nuevo cristianismo que debia absorber el mosaismo y el gentilismo; vieron en la predicacion de *San Pablo* una especie de apostasía. Convencidos de que aquél se hallaba en el error, mandaron algunos comisionados al Asia para enseñar á los paganos que no podian salvarse sin ser circuncidados segun la costumbre de Moises (3). El porvenir del cristianismo estaba comprometido; si las pretensiones de los cristianos de Jerusalem hubieran prevalecido, la religion de Cristo hubiera muerto en su cuna. Entonces *San Pablo* concibió el atrevido designio de atraer á los apóstoles y fieles de la Palestina á sus ideas y provocó una reunion en Jerusalem.

Tenemos dos versiones sobre la asamblea de Jerusalem, la de los *Hechos*, y la de *San Pablo*, en su *Epístola á los Galatas*. Como difieren considerablemente, nos atenderemos á la relacion del Apóstol. En cuanto á la relacion de los *Hechos*, ha perdido todo crédito: no es una obra histórica, sino un escrito intencionado (4). *Pablo* nos manifiesta que halló una viva oposicion entre los fieles de la Palestina. En vano los *Hechos* han procurado borrar las disidencias que existian entre los Doce y el nuevo Apóstol; eran radicales. Habia dos cristianismos frente á frente, un cristianismo judío y un cristianismo universal; éste, representado por *San Pablo*; el otro, por los discípulos directos de Cristo. Los Doce tenian una gran ventaja sobre el recién venido; habian visto y oído al maestro, mientras que *Pablo* no podia invocar á su favor sino una revela-

(1) *Hechos de los Apóstoles*, xxii, 21-23.

(2) *Idem*, xiii, 44-48.

(3) *Hechos*, xv, 1.

(4) BAUR, *das Christenthum*, p. 111, y sig.

cion interior que era un misterio más ó ménos dudoso. Compréndese, pues, que los Doce no cedieran al Apóstol de los gentiles. Se limitaron á consentir que *Pablo* continuase su mision como la entendia; habia conseguido tan magníficos frutos, que hubiera sido difícil el reprobarla. En este sentido tendieron la mano de asociacion los cristianos de Jerusalem á los cristianos del gentilismo; les dispensaron de la circuncision, pero en cuanto á ellos, continuaron viviendo segun la Ley.

Se han considerado como una transaccion las resoluciones tomadas en Jerusalem. Eran más bien una tregua. La avenencia era imposible: una de las dos tendencias debia absorber á la otra. Los cristianos de Jerusalem eran judíos, mientras que *San Pablo* emancipaba al cristianismo de los vínculos de la Ley. Tan imposible era conciliarlos como conciliar la religion de lo pasado y la religion del porvenir. Así es que la verdadera dificultad no fué ni aún suscitada en Jerusalem. Segun los *Hechos*, no se trató de una diferencia de dogma entre los cristianos judíos y los cristianos helénicos. No se agitó sino una cuestion de hecho: ¿debian los paganos hacerse circuncidar ántes de recibir el bautismo, es decir, debian comenzar por hacerse judíos ántes de ser cristianos? Esto implicaba que la circuncision y, por consiguiente la ley antigua, era obligatoria para los cristianos judíos. ¡Singular transaccion la que mantiene la division en lugar de ponerle término! A la verdad, habiase convenido en que los cristianos circuncisos y los cristianos no circuncisos se tratáran como hermanos. Pero este acuerdo era ilusorio. ¿Cómo los cristianos de la Palestina que permanecian judíos, y que como tales veian un impuro en todo no circunciso, habian de considerar á los gentiles como hermanos?

La Asamblea de Jerusalem no tiene otra importancia que la de hacer constar la disidencia entre *San Pablo* y los cristianos del gentilismo por una parte, y los cristianos de la Palestina por otra. Los apóstoles permanecieron judíos. No es, pues, á ellos á quienes debemos atribuir el cristianismo, sino á *San Pablo*. La lucha comenzada por el gran Apóstol continuó despues de su muerte. *Pablo* y sus discípulos trataron de realizar la conciliacion en el terreno de las creencias: era el verdadero punto del debate. De aquí todo un movimiento literario que tendia á aproximar á los dos partidos

Pero por más que hizo el apóstol, cuanto más avanzaba en el camino del verdadero cristianismo, tanto más se alejaba de los cristianos judíos.

El Dios de Moisés era un Dios único, pero los judíos creían que se había ligado á ellos por vínculos completamente particulares: Jehová era casi un Dios nacional. ¿Podía *San Pablo* aceptar semejante teodicea? Apóstol de los gentiles, debía predicar un Dios universal. «El Dios de los judíos, dice, es también el de los Griegos: No habita en templos contruidos por la mano de los hombres. Ha hecho nacer de una sola sangre todo el género humano, á fin de que todos busquen al Señor» (1). Los judíos se creían una raza elegida; una alianza particular los ligaba á Jehová. ¿Podía decir *San Pablo* á los gentiles que eran una raza inferior? Les anunció que eran todos de la *raza de Dios*. Desde entonces ya no hay pueblo elegido, todos son llamados. Los judíos, encadenados por los preceptos de Moisés como por los mandatos de una ley, subordinaban la salvación al cumplimiento de las obras prescritas por el legislador. *San Pablo* debía rechazar este sistema de legalidad, á menos de querer un imposible, como lo querían los apóstoles judíos, que pretendían imponer la ley de Moisés al mundo entero. Pero entonces ¿qué falta hacía Jesucristo? No son las obras de la ley, dice Pablo, las que justifican, sino la fe en Cristo (2); no es la circuncisión, sino la caridad (3). La fe y la caridad son dones de Dios, los concede sin distinción de origen y de raza.

No había más que un medio de conciliar el mosaismo y el cristianismo, y era considerar la ley antigua como una preparación á la Ley nueva. Sobre este tema versa la *Epístola á los Galatas*: «La Ley ha sido nuestro conductor para guiarnos á Cristo, á fin de que seamos justificados por la fe. Pero habiendo venido la fe no estamos ya bajo este conductor. Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo» (4). La Ley antigua estaba destinada á formar la educación de un pueblo joven (5); ahora se han cumplido

(1) *Hechos de los Apóstoles*, XVII, 22 y sig.

(2) PABLO, *Galat.*, II, 15, 16; I *Corinth.*, IX, 20, 21; *Rom.*, c. VII.

(3) IBID., *Galat.*, V, 6; *Rom.* 27.

(4) IBID., *Galat.*, III, 24-26.

(5) IBID., *Galat.*, IV, 1-4.

los tiempos; el Hijo de Dios reemplaza á Moisés. Esta doctrina hacía justicia al mosaismo respecto de lo pasado; es lo único que una doctrina nueva puede hacer á una doctrina antigua á la cual reemplaza. Pero por equitativa que fuese, la apreciación de *San Pablo* no dejaba de implicar una decadencia. ¿Y dónde está el partido político ó religioso que consiente en reconocer que su tiempo ha pasado, que debe dejar su puesto á las nuevas ideas? Tanto menos podían consentirlo los judíos, cuanto que tenían á su favor una antigua tradición que constituía su gloria y su orgullo.

Para salvar el honor de los apóstoles, se ha dicho que la oposición de Jerusalem contra la obra de *San Pablo* procedía más bien de los cristianos judaizantes que de los jefes de la Iglesia. No permiten los hechos admitir esta justificación. Poco tiempo después de la entrevista de Jerusalem, *San Pedro* se fué á Antioquia. Cediendo á su generoso natural, fraternizó con los cristianos no circuncisos. Los partidarios de la circuncisión se conmovieron con esta condescendencia que, á sus ojos, era una apostasía. Mandaron miembros de la cristiandad de Jerusalem al Asia. La epístola á los Galatas dice claramente que venían de parte de Santiago. Para interponerse así entre un discípulo de Cristo y el Apóstol de los gentiles, era necesario nada menos que la autoridad de que gozaba el hermano de Jesucristo en la Iglesia naciente. ¿Cuál fué el resultado de esta intervencion? *San Pedro*, tan fácil en ceder como en conmoverse, se separó de los cristianos del gentilismo, porque temía á los circuncisos. No solo rehusó celebrar con ellos el banquete religioso de la agapa, sino que quiso obligarlos á judaizar. La misión de *Pablo* estaba otra vez comprometida; acudió á la defensa de su evangelio. Entonces tuvo lugar entre los dos apóstoles aquella escena memorable que tantas dificultades ha ocasionado á los Santos Padres. Pablo se opuso de frente á aquel á quien Cristo había llamado la piedra de su Iglesia. Le echó en cara delante de todos que no iba derecho según la verdad del Evangelio, que obraba con disimulo y que obligaba á los gentiles á judaizar, todo lo cual era contrario á las promesas hechas en Jerusalem.

Se ve, pues, que lo que se llama el compromiso de Jerusalem no duró largo tiempo. Se renovó la lucha con nuevo vigor, y so-

brevió á los Apóstoles. Los verdaderos discípulos de Cristo acabaron por adherirse al cristianismo universal de *San Pablo*. Pero la masa de la nación judía rechazó el cristianismo, porque no satisfacía sus orgullosas pretensiones. Persigue á todos los privilegiados como una maldición divina; se apegan obstinadamente á las viejas ideas, á las viejas creencias; cierran sus ojos á la luz y sus oídos á la verdad. Muchos de los que se convirtieron al Evangelio continuaron practicando la ley de Moisés; tratados en un principio con indulgencia por la Iglesia, acabaron por ser rechazados como herejes. Los *Ebionitas* y los *Nazarenos* son una imágen de lo que hubiera sido el cristianismo sin el Apóstol de los gentiles. Evitaban el contacto de los paganos, y aún el de los cristianos, porque no estando circuncidados eran impuros; perseguían con su ódio la memoria de *San Pablo*, porque había abierto el Templo á todas las naciones (1). Estas maldiciones son la gloria del gran Apóstol: gracias á él, no hay ya impuros, no hay ya privilegiados delante de Dios. Todos somos iguales ante nuestro Creador.

San Pablo hizo del cristianismo una religión universal llevándolo á los gentiles. El Evangelio venció á la Ley. Pero al dirigirse á las naciones comenzó una lucha nueva, lucha secular que no ha terminado aún. Sigamos al cristianismo en sus primeras conquistas: son más gloriosas que las de los guerreros más ilustres; las victorias del Evangelio no están manchadas con la sangre de los vencidos; se han conseguido á costa de la sangre de los vencedores.

§ III. — El cristianismo y los gentiles.

N.º 1. — Lucha entre el cristianismo y el gentilismo.

A la distancia á que nos hallamos del paganismo es difícil comprender la larga lucha que sostuvo contra la religión cristiana. La superioridad del cristianismo sobre los cultos de la antigüedad es

(1) EPIPHAN., *Hæres.* xxx, 25.—ORIGEN., *Homil.* xviii, 12 in *Jerem.*

tan evidente que parece que el mundo greco-romano hubiera debido aceptar con júbilo esta ley de caridad, de fe y de esperanza. Los paganos, sin embargo, apenas se dignaron informarse de la creencia de los nuevos sectarios; no vieron en ellos sino enemigos del orden existente; se aferraron con una especie de frenesí á las instituciones de lo pasado, é hicieron esfuerzos desesperados para ahogar la religión naciente en los suplicios. ¡Vana tentativa! La sangre de los mártires fué la semilla del cristianismo. Fué creciendo el número de fieles; un emperador abrazó el partido de la Iglesia. ¿Quién no esperaría ver el mundo romano prosternado al pié de la cruz? Sin embargo, la guerra continuó; el cristianismo pasó de la defensa al ataque. El paganismo resistió: tenía á su favor las clases superiores y la gran masa de las poblaciones agrícolas y esclavas. Apareció entonces un auxiliar inesperado: los Bárbaros, instrumentos de Dios, destruyen la antigua sociedad; razas jóvenes y fuertes reciben el bautismo, y comienza una nueva edad de la humanidad.

Jesucristo había previsto la resistencia que el Evangelio debía encontrar. Aunque enseñaba una doctrina de paz y de amor, dijo á sus discípulos: «¿Pensais que yo he venido á traer la paz sobre la tierra? No, yo os lo digo, sino la division» (1). Crisóstomo describe esta lucha con vivos colores: «Cuando la proclamación divina hubo sido extendida por los Apóstoles, cuando recorrian la tierra toda sembrando las palabras de la fe, arrancando las raíces del error, rompiendo las antiguas leyes de los imperios, persiguiendo la iniquidad, limpiando el suelo bajo sus pasos y ordenando á los hombres que huyeran lejos de los ídolos, de los templos, de los altares, de sus fiestas y de sus misterios y que se eleváran al conocimiento de un solo Dios, señor de todo, y á la esperanza de los bienes futuros; mientras que hablaban del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo, filosofaban sobre la Resurrección y enseñaban el reino de los cielos; una gran guerra, la más tiránica de las guerras, se encendió, y todo se llenó de perturbación, de ruido y de disensiones; todas las ciudades, todas las naciones, todas las familias, todas las comarcas civilizadas ó bárbaras. Es que las

(1) LUC, XII, 51.